



Una empalizada muy distinta a la que los operarios, con postes de luz y lo que parecían travesaños del ferrocarril, situaron en el entorno de la muralla, bajo el imponente albacar castillero en cuya ladera crecieron, sin asomo de vida, árboles con ramas retorcidas, muertos y resecos que más se antojaban ser aquellos que en las películas del Oeste tomaban protagonismo como *el árbol del ahorcado*.

Tan sólo el dinero que se decía iban a pagar, alrededor de 500 pesetas diarias a quienes contratasen, podía salvar la barrera de la vergüenza. El dinero, que todo lo puede. Y que dejaba al aire un debate nuevo, el que situaba a las familias entre la necesidad y la opulencia. La de los vecinos de la plaza, los opulentos, señalando a los de los arrabales, los necesitados. Y es que Atienza, durante tantos siglos, y todavía por aquellos años, estaba dividida entre ricos y pobres. Entre la clase social de los barrios altos cuyas gentes se dedicaban al comercio, la industria o el funcionariado, y el resto, el de los ganaderos, los labradores, los pastores...

Quienes se *apuntaban* para trabajar en la película no lo hacían al comienzo por la *honrilla* de salir en el cine, que a nadie importaba y menos a las mujeres y hombres de la Atienza de aquellos años que, probablemente, de no llegar la película a Atienza, nunca se verían en la gran pantalla. Lo hacían porque aquel dinero extra que podían meter en casa les vendría muy bien. Para comprar una televisión, o una lavadora, o una nevera, o hacer aquellas obras que nunca se hicieron porque no se pudo.

Pero también estaba aquello *del qué dirán*, sobre todo para las mujeres casadas, tan importante en un pueblo en el que todo el mundo se conoce. Con las jóvenes no había tanto problema. A las jóvenes que habían trabajado en los telares que se instalaron en el Hospital de Santa Ana para que aprendiesen una profesión, si las autorizaba el padre o el hermano mayor, *el hombre de la casa*, era suficiente. Pero que una mujer casada dejase la casa y a los hijos para ir a trabajar en una película de la que tantas cosas se decían, en donde casi todos los *mandamases* eran extranjeros y no hablaban en *cristiano*, era otro cantar.

Hilaria de Mingo Sanz, que llegó a Atienza desde La Miñosa aquel mismo año para casarse con Tomás Sancho, "*el Perdiñ*", corrió por todo el barrio de San Gil que, después de todo lo que habían dicho sobre ella cuando se vino a casar, le daba igual. Peor no la iban a poner. Ambos, Tomás e Hilaria, pasaban ya de los cuarenta años de su edad cuando se dieron el *sí quiero*, después de apenas unas semanas de noviazgo. Que, como Hilaria decía: "*los dos solteros y sin tener que dar cuentas a nadie, a nadie le importa...*"⁴

⁴ Hilaria, a pesar de todo, no llegaría a trabajar en la película, su edad, 50 años, y su estatura, se lo impidieron.